
DON MANUEL ANTONIO TOCORNAL.



ON Manuel Antonio Tocornal i Grés nació en Santiago el 12 de junio de 1817, año fecundo en hombres notables para Chile. Vieron entonces la luz, a la par con aquel, García Reyes, Lastarria i Sanfuentes.

El jóven Tocornal, hijo de un antiguo i honorable empleado de hacienda, hizo sus estudios de humanidades en el Instituto Nacional, desde 1827 a 1829 i en el Liceo de Mora desde el último año hasta la disolucion de este establecimiento en 1831, volviendo al primero para completar sus estudios de derecho hasta 1837, en que se recibió de bachiller en leyes.

Fué su maestro de derecho natural i de práctica forense don Manuel Montt i de los otros ramos de la alta jurisprudencia don Andres Bello. Es digno tambien de notarse que Tocornal encontrara en su carrera de estudiante i contrajera desde temprano vínculos indisolubles de amistad con los tres hombres distinguidos que hemos ya nombrado: con García Reyes en el Instituto Nacional en 1827, con Lastarria en el Liceo de Santiago en 1829, i con Sanfuentes en el curso privado de derecho que hacia don Andres Bello en 1835.

Recibido de abogado en 1839, a los veintidos años de edad el señor Tocornal entró a ejercer su profesion con lucimiento, bajo los auspicios del mas famoso jurisconsulto de aquellos años, el doctor Rodríguez Aldea, de quien, a su fallecimiento en 1841,

el jóven Tocornal heredó algunas de las causas mas notables que entónces corrian en el foro.

A los veintisiete años el señor Tocornal era en consecuencia uno de los abogados mas notables del pais, distinguiéndose entre sus colegas por el brillo de su palabra i esa templanza de lenguaje que hoi caracteriza las discusiones forenses i que antes era del todo desconocida.

Desde mui jóven el señor Tocornal habia hecho tambien sus armas en la política. Elevado su padre al puesto de Ministro de Estado en 1832, i guiado aquel por su esperta mano, se hizo familiar con los negocios de gobierno cuando todavía era un simple bachiller. Rodeado al mismo tiempo i casi desde la cuna por los prohombres del partido pelucon, le vieron aquellos crecer como un vástago de sávia jenerosa i le acariciaron como una esperanza. Portales, Egaña i su propio padre, formaban a porfía al que debia ser el heredero universal de todas sus obras, de todas sus tradiciones i de todos sus propósitos; i tan bien legrada fué su empresa que desde el primero de aquellos hombres públicos hasta el que hoi nos ocupa, está escrita toda entera i en sus dos nombres la historia del partido pelucon, su nacimiento, su poderío, el apojeo de su gloria, su abdicacion por último, i hasta su desaparicion completa, sino hubiera de transformarse.

El único ensayo que hizo, sin embargo, el jóven Tocornal para sostener en la arena pública la causa ya herida de muerte del partido en que habia nacido, fué la publicacion del periódico titulado el CONSERVADOR, creado en 1841 para combatir la candidatura del jeneral Búlnes.

Electo este último presidente sobre las ruinas de la candidatura de su propio padre, Tocornal se retiró con éste de los negocios públicos, i consagróse al esclusivo ejercicio de su profesion. Su primera campaña política habia sido una derrota.

En 1844 creyó el señor Tocornal llegada para él la hora de emprender un viaje a Europa, i se embarcó en Valparaiso el 6 de febrero de aquel año con direccion al Havre. Visitó durante dos años los paises mas notables del Viejo Mundo estendiendo sus escursiones hasta la Grecia i regresando a Chile en febrero de 1846.

Este viaje marca una época en la existencia del señor Tocor-

nal i es el verdadero punto de partida de su brillante carrera como hombre público en su patria.

Tocornal habia nacido para ser el hombre eminente i casi necesario de todos los cuerpos colejiados. Tenia la templanza de carácter que atrae i armoniza las voluntades, la claridad de concepcion que hiere la parte oscura de las dificultades, la tolerancia que dignifica las ajenas conciencias, la honradez moral que da garantías a las desconfianzas colectivas, la elocuencia en fin, razonada o ardiente que convence o arrebató los auditorios.

Ahora bien, esas nobles dotes habian adquirido toda su solidez i realce en el estudio práctico de las asambleas de Europa, a cuyas sesiones Tocornal habia sido un asídúo asistente, durante sus dias de viajero. Sabido es que en esa época el sistema parlamentario habia llegado a la cúspide de su influencia en Europa. En Francia, Lamartine, Berrier, Odillon Barrot, Dupin, i otros demoleadores osados del viejo réjimen, desataban desde la tribuna las álas de la revolucion de 1848, mientras que en el parlamento inglés los sostenedores del *comercio libre*, con Cobden a la cabeza, daban las últimas batallas contra el monopolio i lo vencian.

Estas hermosas luchas fueron, pues, para el señor Tocornal mas que un espectáculo: fueron una escuela; i su mas alto timbre como político chileno es haberla trasplantado a Chile i haber hecho a su vez escuela con la enseñanza por él adquirida.

Tocornal es sin disputa el fundador del verdadero sistema parlamentario entre nosotros. Electo diputado por Rancagua, a su llegada de Europa en 1846, hizo su estreno en el Congreso con una inmensa novedad: su famosa *interpelacion* al Ministro de la guerra por haber mantenido en el ejército al batallon Chacabuco, creado durante el estado de sitio. El derecho de *interpelar*, es decir, de llamar a cuentas a los miembros del Gobierno ante la Representacion nacional, era desconocido entonces, al menos como un *derecho*. Honda fué en consecuencia la sensacion que produjeron en el pais las luminosas discusiones que sostuvo con este motivo el diputado Tocornal. El derecho popular de *interpelacion* quedó, sin embargo, sancionado i se introdujo en el reglamento de sala de la Cámara de Diputados que entonces (1846) se hallaba sujeto a revision. Es curioso observar que como todos los reformadores, el señor Tocornal ha

encontrado en su propia obra su calvario. Al menos su último ministerio (1862—63) ha sido una eterna i encarnizada *interpe-lacion*.

Ganó de esta suerte tan rápida i merecida fama de político honrado i de orador notable el señor Tocornal, particularmente por su brillante resistencia a la absurda lei de imprenta que nos rije, que en 1849 el pueblo de Valparaiso le aclamó como candidato de oposicion, i su triunfo en la urna fué una verdadera ovacion para su nombre.

Otro tanto puede decirse sobre las causas que motivaron su exaltacion al Ministerio de Justicia en ese mismo año. El señor Tocornal habia llegado entonces al apojeo de su popularidad.

Pero apenas hubo pisado los dinteles de la casa de gobierno, el novel Ministro dió a conocer todos sus defectos de organizacion para el acertado manejo de los negocios de la política. Baste decir que elevado como una valla salvadora contra el torrente de despotismo que amenazaba desbordarse con la candidatura de don Manuel Montt, fué con su colega García Reyes, el elemento de triunfo mas poderoso que hallaron los astutos sostenedores de aquel. A dos grandes candores debió en verdad don Manuel Montt su estraña elevacion en esa época: al candor de don Francisco Bilbao, fundador de la *Sociedad de la Igualdad* i al candor de Tocornal i García Reyes, cuando aceptaron las carteras de Estado proponiendo *in peto* como candidato a la presidencia al jeneral Aldunate.

Mas, llevado el señor Montt a la silla presidencial i desencadenada la revolucion de 1851, el señor Tocornal dió una muestra de abnegacion, que constituye uno de los mejores timbres de su carrera política. El jeneral Cruz, caudillo del Sur, le destinaba para su ministro, su consejero i su inspirador, segun consta de documentos públicos. Pero una vez roto el equilibrio del pais, i entregada la solucion de la política al azar de las armas, Tocornal se prestó a desempeñar un puesto comparativamente humilde en el ejército del jeneral Búlnes, i en el carácter de auditor de guerra sirvió con abnegacion, a pesar de su escasa salud, durante toda la campaña. Personas mui inmediatas a nosotros han juzgado con sobrada severidad este rasgo de la vida política del señor Tocornal, atribuyéndola a una concesion casi mezquina hácia el éxito del hombre que se enseñorea-

ba con todos los poderes públicos. Pero la hidalguía de su carácter personal i su conducta posterior no daban razon a ese juicio.

Rota, en efecto, por el presidente Montt la tradicion esencialmente conservadora a que debia su elevacion i de cuyo bando Tocornal era el mas caracterizado representante, separóse éste de su política i aun de su amistad. Aun intentó aquel mandatario recompensar sus servicios con honores, pero tuvo el último nobleza de rehusarlos. Un asiento en la Corte Suprema, la Legacion de Estados Unidos i la redaccion del código criminal figuran entre estos ofrecimientos desechados.

La crisis de 1859 encontró por consiguiente a Tocornal en la indiferencia, perdido su antiguo prestigio en la juventud que no le perdonaba sus alianzas de 1851 i casi sin valimiento alguno político, pues ni un asiento de diputado alcanzó a obtener, siendo vencido como candidato de oposicion en Santiago en 1858.

Natural, fué en consecuencia, que no tomase parte en los acontecimientos de esa época fatal. Sin embargo, por una inspiracion de natural hidalguía, Tocornal consintió en ser el defensor colectivo de los procesados del 12 de diciembre de 1858. En esta ocasion le oimos pronunciar uno de los discursos mas mediocres de que hayamos tenido noticia, tan cierto es que su espíritu estaba mui lejos de haberse identificado con el de los agitadores de aquellos días.

Llamado mas tarde, i a virtud de su propio alejamiento político, a formar el segundo gabinete de la administracion Pérez, se distinguió sobre todos sus colegas como hombre de tribuna, midiéndose palmo a palmo, i casi sin la ayuda de aquellos, con la compacta mayoría del partido caido en 1862, hasta hacerla morir por su propia virtud. Pero mientras esto sucedia en el recinto del antiguo Consulado, su sillón parecia vacío en la Moneda, i tan aprisa fueron cayéndosele de las manos los resortes de gobierno, que apenas apareció la cuestion peruano-española, hubo de soltarlos del todo haciendo su renuncia en mayo de 1863, paso que si bien honra altamente su desprendimiento personal, acusa su falta de sistema, de propósito i de energía que son las dotes mas necesarias de los grandes estadistas.

Hemos dicho que el señor Tocornal es el último representante del partido pelucon, como Portales fué su creador; i ciertamente que uno i otro en su propio contraste son los mas bellos nombres de aquel bando poderoso, que hoi se cae a pedazos sobre los sepulcros de sus fundadores. Portales murió, sin embargo, con la conciencia de su poder, i el señor Tocornal vive con la conciencia de su ruina. Por esto su sacrificio a sabiendas es mas noble i mas digno de alabanza. Pugnan en él a cada hora las tendencias de su razon ilustrada con las venerandas tradiciones de que sus mayores le han hecho responsable heredero. Por esto, él contempla como el arca santa que ha de salvar aquellas de su último naufragio la constitucion de 833, que sancionó su propio padre, como el testamento político de las viejas jeneraciones. Como político, el señor Tocornal va pues en completa derrota, i a menos que como Roberto Peel, de quien es sincero admirador, nivele sus convicciones con las exigencias de la época, la historia imparcial escribirá de él algun dia lo que un insigne escritor frances dijo de un tribuno de Roma: *que habia sido el último de los suyos.*

Al fundarse en 1841 la Universidad de Chile, el señor Tocornal fué nombrado miembro de la Facultad de Leyes, i en su calidad de tal se le encomendó en 1847 la memoria histórica correspondiente a ese período i la que hoi reproducimos.

Como escritor público, el señor Tocornal no se ha hecho conocer por ensayos de otro jénero, si bien es cierto que el presente habria bastado a crearle una merecida reputacion en esa carrera.

Sin embargo, corre la primera edicion de aquella con tantos errores tipográficos i defectos de lenguaje que su autor ha tenido a bien someterla ahora a una estrecha revision para darla de nuevo a luz.

Santiago, enero de 1865.

B VICUÑA MACKENNA.